

teriores; pero en el caso del idioma es distinto: el más consumado artífice del lenguaje tiene permanentemente conciencia de estar ante un instrumento que jamás logrará domeñar.

Y qué lejos están, en este terreno, de aquéllos, quienes no pueden dedicarle una vida entera, y han de atender a otras actividades. Menciona a este respecto el autor los afanes de quienes hacían de intérpretes en la primera conferencia del Comité de Seguridad de las Naciones Unidas, al tratar de evadir la vaguedad, voluntaria o no, de los oradores, por la dificultad de traducir conceptos indefinidos estando en situación de apremio.

Lo que viene a ser implícitamente un parangón favorable para los traductores. Y el señor Weightman, en efecto, pone de relieve el adelanto que ha experimentado el aprendizaje de los idiomas extranjeros, haciendo, en el capítulo que a este tema dedica, consideraciones de gran valía para quien quiera dedicarse a esta actividad. Aunque el desideratum expuesto más arriba es absurdo casi por definición, toda tarea, y esta más por lo necesaria, debe tener a la perfección por meta.—M. B. C.



<https://doi.org/10.29393/At278-22LBD10022>

EL LIBRO DE BOIZARD

Ricardo Boizard tiene algo de pájaro en la cara. Un pájaro delgado, esbelto, nervioso e inquieto. Dicen los que le han oído que es un excelente orador. No el orador caudaloso que con la marrullería de sus palabras hace rugir de entusiasmo a las multitudes. Boizard es mesiánico. Sueña todavía con la bondad que puede existir en el corazón del hombre. Cree en la redención humana. Y ante la injusticia que causa dolores y muerte, se postra de rodillas para pedir a las fuerzas divinas que tengan piedad de aquellos a quienes el error o las pasiones del momento hicieron ser malos.

Refleja esto, directamente, lo que es su carácter. Hombre

sensible, poeta en los tiempos mozos y escritor de fina rai-gambre sentimental, falla por esto mismo cuando se enfrenta con la realidad porque tiene demasiada bondad en su corazón. No ha sabido desdoblarse como muchos otros políticos, para obtener en plenitud del ejercicio de un cargo de esa índole las granjerías que a otros les da. No obstante su talento, no ha ido a Europa con grandes empleos. No ha formado parte de las comisiones que salen a discutir los problemas internacionales, cuyos miembros el público nunca sabe que es lo que hicieron, y ni siquiera si dijeron «esta boca es mía». Tampoco ha sido Consejero de una media docena de Cajas de Previsión. No sirve para eso. No se va a dar cuenta cómo llegará a ser viejo, sin tener nada. Será un viejo flaco con la mirada viva en la que arderá hasta el último instante, su idealidad. Y morirá aferrado a ella, porque no sabe ser de otra manera.

Es uno de esos hombres honestos que no se ven muy seguido por estas latitudes. Y al escribir su libro, lo hace también con suprema honestidad. Es un libro que Boizard debió escribir cuando tenía treinta años. Porque entonces habría dicho con más pasión muchas cosas que ahora se ve que deja en el aire. Y él las puede decir sin ambages, porque no tiene techado de vidrio. Tal vez Boizard no es un realizador de cosas. Es un soñador. Pero un soñador que al fijar su pupila sobre la realidad, la fija certeramente. Y su talento entonces, en el libro y en la tribuna, orienta, encauza, fija las normas que otros serán capaces de realizar. En su libro se ve esto a cada rato. Es el desahogo de un hombre que está anhelando que se realicen muchas conquistas humanas que pueden llevarnos a una mejor convivencia. A una mayor justicia social.

Y es que además es un hombre que tiene fe sincera. No es de esos que van a una Iglesia a golpearse el pecho, para que los perdonen de sus culpas, y al salir del templo le niegan una moneda a un mendigo. Certero en la manera de apreciar a muchos hombres que han actuado en el primer plano de la política

chilena, jamás deja asomar el veneno cáustico y destructor. Sin eufemismo dice lo que siente, con un máximo de honradez. Pero la virulencia no le araña el pecho. Ricardo Boizard es uno de esos grandes chilenos a quien no se le ha dado la ubicación que merece, porque no se le ha comprendido bien. Ha faltado voluntad para entender el alcance de su brillante talento de idealista en cuyo espíritu aflora la intransigencia, cuando se ve frente a situaciones que afectan sus convicciones, de hombre irreductible en el honesto cumplimiento de sus deberes ciudadanos.—L. D.



BASCUÑÁN EL CAUTIVO, por *Alejandro Vicuña*. Edit. Nascimento 1948.

El Capitán don Francisco de Pineda y Bascuñán, escribió un bello libro, en el que cuenta lo que le ocurrió durante siete meses de cautiverio entre los araucanos, pues cayó prisionero de éstos en una batalla que se verificó cerca del Biobío. Este libro fué escrito hace más o menos trescientos años. Y en realidad casi es completamente desconocido para la mayoría de los chilenos. Recién, don Alejandro Vicuña, el fecundo autor de muchas biografías de personajes célebres de la historia, se ha tomado el trabajo de compilar los trozos más interesantes de este libro, al cual el señor Vicuña le atribuye una importancia, tan grande o más, que la de «La Araucana» de Ercilla. En el año 1803, don Diego Barros Arana, hizo una edición de este libro, y ella desapareció de la circulación desde antes que comenzara el siglo. O sea que el libro de Pineda y Bascuñán, ha permanecido ignorado por la mayoría de los lectores chilenos, durante más de cincuenta años, pues hasta ahora, no era sino un tesoro bibliográfico, guardado bajo siete llaves en una biblioteca.

El señor Vicuña ha ordenado la mayor parte del libro de Bascuñán, dándole una continuidad novelesca. No agregó nada